

CELCIT. Dramática Latinoamericana 140

GENI Y EL ZEPELIN

José Luis Ramos Escobar

Obtuvo en 1993 el Primer Premio de Teatro Iberoamericano otorgado por la Universidad Santa María de La Rábida en Huelva, España

PERSONAJES

Gení

Camila

Isabel

Sabino

Antoñito

Facundo

Alcalde Desogracias Altamirano

Banquero Jesús María Sanjurjo

Padre Hermógenes del Hoyo

Jueza del Arenal

Comandante Orondo

Mujer piadosa

Mujer lujuriosa

Diablillo

Serpiente

Viuda

Muerto

Heraldo

Tres hombres carroza

Pescador

Sereno 1

Sereno 2

ESCENA 1

Obertura que culmina en el boleto "Amanecí otra vez". Unos graznidos salados flotan en el aire soñoliento del puerto. En la oscuridad se difuminan la redondez de los toneles, el colorido perfil de las viviendas de los pescadores, la sonrisa triste de los bares y el soplo húmedo del salitre. A lo lejos, recortados contra el azul grisáceo de las montañas, los edificios de la alcaldía, el banco, la corte y la iglesia son celosos guardianes del orden. Poco a poco, la luz del amanecer va descubriendo la tenue reverberación del agua que comienza a invadir todo el escenario. El público se descubre en el mar, rodeado de redes, caracolas insospechadas, yolas abandonadas y un mascarón de proa encallado en el recuerdo. En el bar, el tiempo se ha detenido: CAMILA e ISABEL parecen suspendidas en el ritmo de un bolero. Un borrachín ajado intenta inútilmente imponer su foz fermentada.

SABINO. *Cantando.* Amanecí otra vez entre sus brazos...

La música insufla vida a los cuerpos de las mujeres, quienes remedian su soledad bailando la una con la otra, mientras SABINO le canta a unos brazos que ya no están. Detrás del mostrador, el dependiente es una botella más. SABINO se adelanta y tropieza con ISABEL y CAMILA. Estas lo empujan. En medio de la amnesia alcohólica, él quisiera encontrar a quién cantarle, pero ellas lo rechazan.

ISABEL. Coge calle, Sabino,

SABINO. ...y me querías decir no sé qué cosa...

ISABEL. *Cantando.* Aquí nadie te quiere decir nada.

SABINO. ...y me quedé llorando de alegría...

Sale trastabilleando con su soledad a cuestas, cantando el bolero. Las mujeres observan el vacío que las rodea y deciden que llegó el momento de cerrar. CAMILA busca agua del mar para limpiar el bar mientras ISABEL recoge las sillas. Entonces un taconeo sensual y rítmico comienza a estremecer el puerto. Percusión y taconeo. Gení se hace presente en el sonido melodiosamente provocador de su caminar. El ritmo del taconeo resulta desafiante para las mujeres en el bar, quienes comienzan a taconear en oposición al ritmo de Gení. El duelo de los tacones culmina cuando GENI entra al escenario ondulando entre los ramos de flores que trae. Cruza hasta su puesto de trabajo y comienza a ordenarlo. CAMILA vocifera desde el bar.

CAMILA. ¿Hoy vendes flores, Gení?

Gení se sonríe mientras coloca las flores en los estantes.

ISABEL. Esta, unos días lee la palma de la mano. Tu línea de la vida es larga, pero aquí se cruza con la del corazón, así que cuídate de las calles sin salida y de los hombres embusteros.

CAMILA. Otro día le da con escribirles las cartas de los piojosos. *(ISABEL hace como que escribe la carta mientras CAMILA la dicta, fingiendo estar borracha.)* Querida mamá: Desde que llegué al puerto, encontré trabajo. *(Extiende la mano, mendigando)*. Todos los días me fajo de sol a sol y voy echando pa'lante. *(Se cae de nalgas. Ambas mujeres se ríen a carcajadas.)*

ISABEL. Después vende cigarrillos de contrabando.

CAMILA. Le plancha la ropa a los señores.

ISABEL. Le cose los trajes a las señoras.

CAMILA. Cuida niños.

ISABEL. Prepara comidas.

CAMILA. Pinta letreros.

ISABEL. Limpia casas.

Gení hace un gesto que indica "qué puedo hacer".

CAMILA. ¿De dónde has sacado esas flores?

GENI. Deo me las prestó.

ISABEL. ¿Deo gracias Altamirano, ese viejo tacaño? Uhm, algo tendrás que darle a cambio.

GENI. Eso quisiera Deo, pero está muy gordo para mi gusto. Además, todavía él no sabe que me las prestó.

CAMILA. Un día de estos te vas a meter en un lío.

GENI. Bah, ya yo estoy curada de espanto.

CAMILA. Pero te arriesgas mucho. Por qué no te buscas un trabajo más seguro, como aquí en el bar.

GENI. No, gracias.

ISABEL. ¿Por qué?

GENI. Porque a mí me gusta trabajar... y amar al aire libre.

CAMILA. Oh, amar.... ella ama.

ISABEL. ¡Ay, deja eso, nena, si el amor no existe! Eso se lo inventa la gente para no sentirse solos.

CAMILA. Y lo babosos que se ponen cuando están solitos... *(Acariciando a Isabel.)*

ISABEL. Dame, mi rey, dame, dame... *(Transición.)* Dame los chavos, acaba, que tengo prisa.

CAMILA. El amor se vende barato, mamita.

GENI. Allá ustedes. Yo ni lo vendo, ni lo compro.

CAMILA. Pero estás tan sola como nosotras.

GENI. Mejor es estar sola....

ISABEL. Que mal acompañada, atácate.

CAMILA. No puedo con los refranes a esta hora. Adiós, Gení y que vendas todas las flores.

GENI. Ojalá. Buen viento hay, que hoy llega un barco.

CAMILA. Entonces, cama llena esta noche para Camille.

ISABEL. Y para Isabella. Digo, si es que tú nos dejas clientes, negra.

GENI. Tranquilas, que no estamos en competencia.

CAMILA. Vámonos, que lo de esta noche va a ser un maratón.

GENI. Adiós.

SABINO llega hasta una de las yolas abandonadas y se zambulle entre papeles de periódicos viejos. Música de bolero lo duerme. Mientras Sabino duerme se escucha el tarareo de una melodía marina. Es un pescador que viene con varios implementos de pesca. Se acerca al agua y va echando en direcciones diversas pequeños botes de vela y frágiles yolas. Se escuchan los sonidos de las aves del mar, el golpeteo espumoso sobre las olas contra la quilla de los botes, y el tarareo marino. Mientras SABINO duerme bajo los periódicos, de su lado sale su hijo ANTOÑITO, quien se levanta incómodo mientras el borracho de su padre se pierde en la inconciencia. GENI ya ha preparado su puesto de flores. El niño llega a su lado.

GENI. Antoñito, ¿qué, hoy no sales de pesca con Sabino?

ANTONITO, que es mudo, le hace señas de que su padre está borracho en el bote.

GENI. ¡Volvió a encañarse anoche! Ese pai tuyo...El ron se lo va a comer. *(Señas del niño.)* ¡Ya se lo comió! A la verdad que hay gente que no sabe vivir. Bueno, quédate por ahí para que me ayudes. ¿Ya desayunaste? ¡Qué bruta soy, cómo vas a haber desayunado! Qué remedio, te voy a comprar algo... *(SONIDO del barco que llega)* Ya está llegando el barco. *(Corre hasta el barandal del muelle.)* Es grande, Toñito, y viene cargado de gente y de sueños.

ANTOÑITO salta de un lugar a otro haciendo señas al barco. La música va marcando la entrada del barco que no vemos. La mímica del niño traduce a imagen visual, la imagen auditiva musical. Así vemos en él la llegada de un hombre gordo que no puede cargar sus maletas, una familia histérica con sus niños eléctricos, una señora muy fina y remilgada... GENI reacciona con risas e interjecciones a los gestos del niño. Cuando éste le señala a un hombre que viene con una guitarra, ella se queda hipnotizada ante el espejismo: desde las arenas tormentosas de su memoria surge EL CAMINANTE sin patria. El niño trata de rescatar su atención, pero GENI sólo tiene ojos para FACUNDO, EL CAMINANTE. FACUNDO entra a escena con una insolencia avasallante y seductora.

GENI. Pareces un fantasma, Facundo. *(La mirada y los gestos de FACUNDO hablan de caricias nunca olvidadas y encuentros revividos.)* Eres el tipo más embustero del mundo. *(El deseo galopa en el cuerpo de FACUNDO)* Y tienes la misma prisa de siempre. *(En un giro donjuanesco, FACUNDO toma las flores del puesto de GENI y se las ofrece.)* Pero tienes razón, seguimos siendo los mismos. Tú, el adúlador de siempre, y a mí que no me gusta el dulce.

Los movimientos de ambos se revierten. Una risa de niña sorprendida estremece a GENI.

FACUNDO. En el otro lado del mundo, donde el sol brilla a medianoche y las ballenas se suicidan de melancolía, juré no morirme sin antes volver a verte. *(Se quita su gorra de marinero y la lanza hacia el niño, mientras GENI huye por la espiral de su risa juguetona.)* Sólo estaré en el puerto hasta que el barco leve anclas. *(La risa va rumbo al desfiladero de las carcajadas.)* Seguimos siendo los mismos. Yo, con mi rumbo pasajero, y tú, con la ternura más ardiente de la historia de la humanidad. *(El deseo comienza a teñir las carcajadas)* Vámonos a nuestro refugio, antes de que el tiempo huya.

Comienzan a subir hacia la buhardilla de Gení en medio de las carcajadas casi histéricas de ésta. **TOÑITO**, quien ha estado burlándose del Caminante, corre hacia la escalera y le hala el vestido a GENI. Ahogada por el deseo y en medio de una carcajada ella le contesta:

GENI. ¡Cúdame el puesto, Toñito!

TOÑITO los ve salir con mirada triste y asombrada. Al quedarse solo le renace el hambre. Mira alrededor y solo ve las flores. Un leve sacudimiento de cabeza le indica que la idea no le atrae. Sus ojos buscan otra posibilidad pero la mirada vuelve a las flores. Se acerca, toma una, la huele, le da un mordisco y mastica lentamente tratando de que el hambre domine el sabor extraño de la flor. El estómago se le contrae cuando traga con dificultad. Respira hondo. Le da otro mordisco a la flor mientras LA LUZ ABANDONA EL ESCENARIO.

ESCENA 2

La música adquiere una resonancia sacra. La luz parece filtrada por vitrales. En el fondo del escenario aparece el RETABLO del amor, la lujuria y la deviación. Los personajes forman un bajorelieve que presenta en diversos niveles los motivos que cada uno encarna. En el centro, vemos a UNA MUJER con medias caladas, corsé negro, humo en los ojos y flores en el pelo. A su lado, un DIABLILLO coqueto y juguetón le acaricia el cabello, mientras por sus pies se enrosca una SERPIENTE. Justo sobre ellos, OTRA MUJER, de sonrisa beatífica y mirada celestial, parece ascender hacia el infinito. Al lado derecho está el BANQUERO respetablemente regordete, junto a LA JUEZA, largo y adusto en su ceguera, y el ALCALDE, con postura de santo y mirada sibilina. En el lado opuesto, el CURA se resiste a la actitud condenatoria y establece la compasión por los pescadores. El retablo presenta la tensión entre la devoción y el uso libre de las pasiones, como imanes que se repelen. La rigidez de los oficiantes y retorcimiento de los lujuriosos contrasta con la actitud más cálida del cura. El Retablo cobra vida por segmentos: PRIMERO, los ojos de la mujer lujuriosa comienzan a moverse, luego el rostro, el torso y finalmente todo el cuerpo al

compás de una música sensual y carnavalesca. A la par se animan el DIABLILLO y la SERPIENTE. Juntos cantan y danzan en movimientos sinuosos, fluidos y resbaladizos.

CORO. El amor es como el agua

cuando hay sed

hay que beber.

La vida es demasiado breve

hay que vivir el presente.

BANQUERO SANJURJO. *(En contrapunto. Habla en metáforas mercantiles sobre lo que considera como el problema moral del carnaval. Así lo establecen sus movimientos siempre redondos, circulares como la circunferencia de su barriga y de su bolsillo.)* Nuestro pueblo se enfrenta a la bancarrota. Hemos hecho transacciones equivocadas y ahora tenemos que depositar en nuestra cuenta para subsanar el déficit que nos puede causar este próximo carnaval. Evitemos los billetes falsos, que seducen y engañan como la mentira. Va de retro con los cheques sin fondo que rebotan y rebotan hasta llevarnos a la quiebra. Es el momento de rescatar nuestro crédito y cotizar nuestra fiesta de carnaval al más alto nivel. *(El CORO rodea al BANQUERO y lo cerca con sus movimientos)*

CORO. Me seduce lo prohibido

qué me importa el porvenir

la tentación me provoca

el fruto quiero morder.

LA JUEZA irrumpe en el círculo y rescata al BANQUERO.

JUEZA DEL ARENAL. Con la venia de la sala, las leyes hay que cumplir, el código del derecho,

lo ha sancionado así. Ni infracciones ni delitos los podemos condonar. A velar a los acusados, la fiesta va a comenzar.

Se enfrentan a la JUEZA. La MUJER SANTA extiende sus brazos como una virgen.

CORO. Sábanas blancas para la señora jueza,

para el banquero, mullidas plumas
y para nosotros los pordioseros
basta un garage, la cantina
o la pileta en el monte
que para entregarse al amor
solo se necesitan
dos que se amen.

El ALCALDE se adelanta y se une a la JUEZA y al BANQUERO.

DEOGRACIAS. Decreto municipal, soy la autoridad y mando que durante el carnaval, se controlen las pasiones, que se impongan impuestos a los amantes desaforados y que se expidan licencias para reglamentar los encuentros cercanos. Todo aquél que insista en dar rienda suelta a sus deseos malsanos será excluido de la celebración.

El CORO se va deformando, como si una fuerza maligna se apoderara de ellos y contorsionara sus cuerpos.

CORO. Lenguas de sapos podridos

veneno en los ojos
culebras de espanto
un grito alargado
un llanto soñado
el diablo anda suelto
el diablo, mi aliado
que llevamos dentro
y nos roba el alma
y nos lame el cuerpo

somos sus esclavos.

El CURA se apresta para el exorcismo. La SANTA casi flota en el aire.

CURA. Hermanos, santo es el que nos creó. Y misericordioso. Nosotros, viles pecadores, olvidamos sus leyes divinas y en esta época de carnaval, nos sumimos en una orgía de pasiones que sólo desemboca en el pecado y en la destrucción. Ya es hora de apartarnos de las malas prácticas del carnaval y buscar la senda que conduce a la vida eterna. Aquellos que persistan en darle placer al cuerpo, perderán el alma. Y es nuestra misión luchar por salvarlos de ellos mismos, porque son víctimas de sus inclinaciones animales. Hay que rescatar esta celebración de las manos del enemigo, del malvado, del que una vez fue ángel de luz y huyó del bien para refugiarse en las sombras. ¡Fuera, macho cabrío, aléjate! ¡Luzbel de la lujuria, abandona a estas vasijas que fueron creadas para honra del Señor del universo y no como laguna de inmundicia para tu afán seductor! ¡Salve, maestro de bienandanzas, dichoso aquél que sigue tus mandatos!

Una música sacra se apodera del recinto. Los oficiantes del CORO MALDITO se van despojando de sus vestimentas y comienzan a encender cirios. Inician una procesión, sobrecogidos por el exorcismo y contritos por sus pecados. La melodía del MISERERE rige el desfile del cortejo:

Lagos de azufre, ojos de fuego,

helados vientos del Averno,

gritos de espanto, lloros,

tardíos rezos,

no hay descanso para el pecado

no habrá perdón

ni otra historia

para los muertos.

Lujuria, sexo, placer

un solo camino

para el infierno.

¡Arrepiéntete, pecadora,
no esperes el día postrero!
Lagos de ojos, azufre, fuego,
castigo eterno.
No habrá perdón
para los muertos.

ESCENA 3

La procesión recorre el escenario con sus cirios fantasmales. Las sombras parecen escurrirse temerosas a su paso. Crujir de huesos, largos quejidos, hondos lamentos parecen escapar de la mente de los oficiantes y forman imágenes que pueblan de miedo reverente al ambiente. Justo entonces se escucha la risa escandalosa de GENI, que profana la contrición de la procesión. El CORTEJO se detiene asombrado, herido en su férrea convicción, golpeado por esa risa demasiado viva y desafiante.

GENI. A la verdad que tú eres bien santo.

Las palabras de Gení son sal para la herida del cortejo. El asombro se va tornando en incomodidad, luego en molestia, para poco a poco ir ascendiendo la áspera cuesta del coraje, y culminar en la cima de la ira. GENI Y FACUNDO bajan desde la buhardilla embebidos en su pasajera felicidad, risueños, ajenos a la tormenta que se aproxima.

FACUNDO. Cuando el barco toque puerto, volveremos a encontrarnos.

GENI. ¿Y cuándo será eso?

FACUNDO. No hará falta una maravilla, porque como eres bruja, el barco siempre viajará hacia ti.

GENI. Puede que cuando llegues, el puerto esté ocupado.

FACUNDO. Tendré que correr ese riesgo.

Se abrazan y se besan sin darse cuenta que la procesión se acerca amenazante. Entonces se inicia la danza de la condena. El CORO señala a GENI como a María Magdalena. La persiguen por el escenario mientras corean: Puta, Puta, Puta. Los movimientos se mezclan con las interjecciones y aullidos del CORO: Se entrega a cualquiera.

Escúpela.

Maldita.

Hija de Satanás.

Vómito del infierno.

Cuando FACUNDO ve que la situación se está poniendo color de hormiga brava, se escabulle de escena lo más desapercibido posible. El CORO acorrala a GENI. La agarran entre dos mientras otro le coloca un traje de saco encima del que lleva puesto. Luego la embadurna la cara de pintura blanca. El CURA entona cánticos en latín a la par que le rocía agua bendita sobre la cabeza. Cuando culmina la breve ceremonia de purificación, la procesión sale de escena y GENI permanece postrada. Con más rabia que dolor. ANONITO entra a escena furtivamente, se acerca a GENI y le acaricia el pelo. A lo lejos, la música es casi una nana que consuela a una niña asustada en una noche tenebrosa.

ESCENA 4

Impulsada por un resorte musical, GENI se levanta. La música acompaña sus movimientos de felino herido. Comienza a arrancarse el traje de saco y a quitarse la pintura de la cara. Va hasta el mar y se lava la cara a manotazos. Se dirige a su puesto de flores y violenta, tira al piso las flores, las desparrama a patadas, pero la rabia es tanta que tiene que morderse para aplacarla, mientras dice:

GENI. ¡Maldita sea la madera con que construyeron este puerto: maldita sea la moral ciudadana, maldita sea la caja fuerte del banco, el malleto de la jueza y las ordenanzas del alcalde: malditos sean todos! ¡Maldita sean las flores también! Aquí nadie ayuda a nadie. Y yo, la tonta Gení, la estúpida Gení, la que se sacrifica por otros. Se acabó. Si ellos sólo miran hacia adentro, que se pudran, con su pan se lo coman. Les devolveré puño por puño. Y Facundo, tan tuso, se marchó sin despedirse. ¡Maldita sean las ganas de llorar que tengo!

ANTOÑITO la mira boquiabierto, sin atreverse a interrumpirla. De pronto, GENI se detiene; algo le extraña en el aire que respira. Inquieta y curiosa, olfatea buscando ese olor que invade su espacio. Su nariz vibra al descubrir el aroma. Su tristeza y coraje se van transformando en una disimulada alegría.

GENI. Huele a muerto, Antoñito. *(Le guiña un ojo a Antoñito, quien sonríe cómplice.)* Es el dulce olor a podrido de los que se van. O tal vez, sea la amarga pestilencia de los que se quedan.

ANTOÑITO se tapa la nariz y hace gestos de asco. Entonces comienza a oírse el rezo lejano de los dolientes que acompañan al cortejo fúnebre. El canto mortuario dibuja fosforescencias extrañas en el puerto, como si sus notas se transmutasen en imágenes visuales. Entra a escena el DESFILE FUNEBRE. Los dolientes cargan la caja en movimientos sincopados, casi flotando. Al final viene la VIUDA sin porvenir. Parece agobiada por un peso inconmensurable. Los dolientes bajan la caja como si fueran a enterrar allí al muerto. El grito angustioso de la VIUDA paraliza la acción, mientras aquélla rasga sus vestiduras y se lanza hacia el cadáver.

VIUDA. Nooo, no se lo lleven todavía. ¿Cómo se te ocurrió morirte? Me habías prometido que esperarías a que yo me muriese primero. Ingrato en la vida, Ingrato en la muerte. No me dejes sola. ¿Cómo voy a soportar los atardeceres sin ti? ¿Quién me gritará histérico cuando me ataquen las pesadillas? ¿A quién le tendré que echar por encima las habichuelas quemadas cuando no quiera comérselas? ¿Cómo te atreves a morirte sin mí?

La música de un bolerón melodramático y llorón se cuela por los flancos del escenarios. La VIUDA comienza a cantar "El bolero de la muerte".

VIUDA. Hoy.

Frente a tu cadáver

juro

que nunca jamás

a otro he de mirar.

Ningún hombre

ocupará tu lugar

nunca pensaré en nadie

que no seas tú.

Soy tuya

para siempre

y nunca jamás

a otro hombre

he de mirar.

CORO. y nunca jamás

a otro hombre

he de mirar.

GENI. ¿Te volviste loca? ¿Qué, tú no existes sin él? Si quieres, te enterramos con él.

CORO. y nunca jamás

a otro hombre

he de mirar.

GENI. Jamás es demasiado tiempo. Te vas a arrepentir. Y lo peor es que nosotros vamos a estar aquí para recordártelo. Y cada que te veamos desear a otro hombre, nos vendrá a la mente tu promesa y tendremos que escupirte tu juramento para no morirnos de risa.

La música del bolero se va acelerando hasta culminar en baquiné. Ahora la viuda y el coro comienzan a bailar al son de esa salsa funeraria.

VIUDA. Vaya, papito,

hoy

frente a tu cadáver

juro

que nunca jamás

a otro hombre

he de mirar.

CORO. Y nunca jamás

a otro hombre

he de mirar.

La solemnidad de la muerte de paso a un baquiné adulto que se desborda en el escenario. La celebración parece grotesca, con el cadáver en medio de la fiesta. Justo cuando estamos a punto de repudiar esa profanación de la muerte, el muerto se levanta tocando una cometa. Todos se vuelvan hacia él, como asustado. ANTONITO corre hasta GENI.

MUERTO. ¡He regresado de los confines de la muerte para proclamar que hoy comienza el carnaval del puerto!

Gran algarabía. Los miembros del CORO cambian sus atuendos con ropas vistosas y sombreros estrambóticos que sacan del ataúd. Los MUSICOS irrumpen en escena tocando un estridente son carnavalesco. Se cuelgan pancartas, se lanza confeti, se reparten silbatos y maracas al público y se prepara el escenario para el gran desfile de carnaval.

ESCENA 5

Detrás de los espectadores se proyectan diapositivas de pinturas y grabados que representan la oficiales, como La Junta Militar de Botero o Las meninas de Velázquez/Picasso. El desfile se produce delante de los espectadores por estar estos frente a la tarima presidencial. Un HERALDO de verbo grandilocuente y gestualidad pantagruélica anuncia a las diversas comparsas, todas compuestas por un solo actor que lleva sobre sí su carroza.

HERALDO. Inician este majestuoso desfile del CARNAVAL DEL PUERTO, los representantes de La Mansión del Sapo, comunidad humilde y trabajadora, que nos trae una vistosa carroza alusiva a la tradicional faena de coger jueyes, tan buenos que son sancochaos, a la que se dedican los vecinos de este barrio de los mangles. Un aplauso para la carroza del barrio cangrejero de La Mansión del Sapo, que lleva como lema: BARRIGA LLENA, CORAZON CONTENTO.

Desfila la carroza a los acordes a los acordes de un ritmo negro. Está compuesta por un enorme juey al que se le encienden los ojos, con un lazo azul carmesí que

lee: CIEGALO TOÑO. En los laterales del juey aparecen dibujados los tradicionales platos confeccionados con jueyes: salmorejo, arroz con jueyes, jueyes con guineítos, etc. Detrás vemos a un hombre que intenta evadir las palancas del juey para poder cogerlo.

HERALDO. Hermosa carroza culinaria nos han traído los abnegados residentes de ese hermoso barrio. Ya se acerca la segunda carroza, señoras y señores. Se trata, nada más y nada menos, que la carroza del barrio. El rabo del Buey. Los residentes de la parte más elevada del pueblo nos traen una carroza muy pícaro que ilustra la tradición de preparar ron clandestino. Traen como lema: CON PITORRO Y CON COQUITO LAS PENAS DUELEN POQUITO. Un aplauso para esta imaginativa creación de los vecinos del El Rabo del Buey. Y que me guarden una caneca de ron caña para cuando se acabe el desfile.

Entra majestuosa la carroza que representa un alambique. Sobre el improvisado destilador se lee: COGEME GUARDIA. El paso de esta carroza es tambaleante, como si estuvieran borrachos. El ritmo musical es de merengue cañero.

HERALDO. Este año va a ser muy difícil otorgar el premio a la mejor carroza, porque todas son muy buenas. Le toca el turno ahora a los distinguidos amigos del sector Chupacallos. Su carroza lleva como lema: TODAVIA LOS MILLONARIOS NO ESTAN COMPLETOS. Aquí se representan los diversos juegos de azar en que nuestra población cifra sus esperanzas. Aplausos, aplausos, aplausos para los de Cupacallos. Apúntame cinco pesos al 333.

Los destellos de esta carroza invaden el escenario desde que se acerca. Los neones anuncian el juego de la Loto, los caballos, las peleas de gallos, los dados, las barajas, etc. En el centro de la carroza vemos la cabeza de un caballo, de cuyas crines se agarra un desarrapado. A su lado salta un gallo; en el lado opuesto aparece un cartón de lotería, y forman el fondo las barajas del Rey de Copas y el As de Oro. La música recrea el toque de corneta del hipódromo y los ritmos propios de las apuestas. El arco que corona la carroza lleva las siguientes palabras: SER FELIZ ES BIEN SENCILLO, CON DINERO EN EL BOLSILLO.

HERALDO. Y ahora, damas y caballeros, el momento más esperado por todos: La coronación. Ustedes lo pidieron y las autoridades del puerto se lo han concedido. Por votación de los prisioneros, las locas, las viudas, los huérfanos, los pordioseros, los rengos, los tuertos y los pescadores sin casa, ante ustedes, la reina del carnaval. (A los MUSICOS) Redoble de misterio, por favor. ¿Quién será la agraciada? Ritmo de curiosidad, s'il vous plait. ¿Quién ha sido escogida por el pueblo para ser su representante, su emblema, su portaestandarte? Música de impaciente interrogante, please. Del bajo fondo del puerto nos llega la reina de los que no tienen nada, su majestad: ¡Gení!

Música solemne. En un trono que cargan DOS PIRATAS, aparece GENI. Viene ataviada como una virgen. Su rostro es casi angelical y su mirada parece perdida en la más mística de las contemplaciones. Va precedida por un séquito de dos doncellas núbiles. No son otras que CAMILA e ISABEL.

GENI baja de su solio con movimientos lánguidos. De pronto estalla en toda su brillantez un ritmo caribeño y GENI y su séquito se despojan de sus disfraces e inician un baile frenético, contagioso y tentador. Las carrozas retornan a escena y florece el alboroto. Justo cuando parecería que el carnaval va camino al desenfreno suena el primer cañonazo. Al principio, todos creen que se trata de otro aspecto de la fiesta, pero el segundo y el tercer cañonazo, y el estremecimiento de los cimientos del puerto, les advierten que se enfrentan a una amenaza extrema. Caos total, gritería desaforada, estampida del miedo. Mediante efectos de luces y sonido se hace evidente la presencia del Zepelín. Los habitantes del pueblo se esconden por todos lados. Un largo silencio se impone. Entonces, se abren las puertas del cielo y una luz potente ilumina el pueblo desde las alturas.

ESCENA 6

El puerto parece fugarse hacia el cielo en la música que asciende por el cono de luz que domina el escenario. Los habitantes del puerto se miran confundidos, sin saber a qué se enfrentan. Una voz anónima susurra desde el suelo:

VOZ. ¡Es el Salvador!

El eco se esparce entre todos, como una llama sobre hierba seca. La música va cobrando caracteres sacros, recogiendo la interpretación popular de la presencia del Zepelín. Algunos se postran, fascinados con la presencia del mensajero celestial: otros, se lamentan por no haberlo reconocido antes: unos pocos se flagelan, buscando purgar las pasiones que han atado a sus almas a las inclinaciones corpóreas más bajas, impidiendo su purificación. Un cántico de alabanza se inicia tímido y poco a poco va cobrando fuerza. No se distinguen las palabras, casi parecería un idioma extraño, pretérito, pero el sentimiento místico que rige la cadencia produce un recogimiento espiritual profundo.

Sólo GENI parece ajena a toda esa fascinación, mientras escruta los cielos tratando de descifrar los designios de ese objeto extraño que ha invadido el espacio del puerto y lo ha convertido en la nave central y alargada de una catedral gótica. Un sonoro cañonazo le provee la respuesta. El afán de conquista de los visitantes cobra cuerpo nuevamente en el cañoneo inmisericorde. El temor

y el espanto toman por asalto al pueblo. Ante el ataque, los cuerpos parecen perder consistencia y se desparraman como si los huesos se les hubiesen fundido y las coyunturas se tornasen gelatinosas. La sensación que transmite es penosa, de desagrado, muy cerca del asco, ante esa baba viscosa que se arrastra por el piso, muy lejos de la dignidad de un ser humano. De pronto, cesa el ataque. Silencio alargado. Una música imperial viene ahora desde los cielos. En el cono de luz, se recorta la figura majestuosa del COMANDANTE DEL ZEPELIN. Viene vestido como el rey de espadas de la baraja española, aunque su arma parece tomada de la ciencia ficción y el brillo de varias partes de su vestimenta le confieren un aire atemporal.

ESCENA 7

La presencia del COMANDANTE avasalla a los habitantes del puerto. Baja lento, observando con calculado detenimiento a los restos de seres que tiene ante sí. ANTOÑITO se levanta curioso para mirar al COMANDANTE. GENI se incorpora rápidamente y lo oculta con su cuerpo. El COMANDANTE la jira sorprendido. Ella esquiva la mirada. El la mantendrá en su campo de visión durante la arenga que pronuncia con voz metálica y fría:

COMANDANTE. ¡Horror! Buscando la ruta del tiempo sin tiempo, he tropezado con este puerto sumido en el calor más insoportable del universo. Sólo gente primitiva puede vivir en estas condiciones, pues el calor les derrite la voluntad y los torna perezosos y haraganes. En esta caldera se cuecen los gérmenes más dañinos que minan la inteligencia y corroen la capacidad de desarrollo y progreso. Su conducta muestra los atrasos de un pueblo sin civilización, sin refinamiento, sin cultura. Viven como animales, sin preocupaciones que rebasen la simple satisfacción de los instintos. Son seres al garete, sin afán de superación, sin posibilidad para ver más allá de la inmundicia que les rodea y les complace. ¡No sirven para nada! Y como lo que no sirve se desecha, el Comandante Orondo, gran Almirante del Zepelín, ha decidido borrarlos de la faz de la tierra, barrerlos hasta el basurero de la historia donde yacen los despojos de la humanidad. Luego, repoblabremos estos páramos con seres civilizados, refinados y cultos.

El pueblo se arruga de espanto sin que la palabra o sonido salga de sus bocas. Algunos se aproximan al COMANDANTE y le imploran por sus vidas. Otros le señalan su posible utilidad mediante gestos de sumisión y sometimiento. GENI observa con desprecio a sus compañeros. El COMANDANTE se le acerca:
COMANDANTE. ¿Tú no vas a rogar por tu vida?

GENI. ¿Serviría de algo?

COMANDANTE. Hum, pero ¿no le temes a la muerte?

GENI. ¿Por qué? Uno se muere una sola vez.

COMANDANTE. Pero todos los demás están postrados ante mí porque desean seguir viviendo.

GENI. Pobrecitos. Pronto habrá que ponerle zapatos a sus rodillas.

COMANDANTE. ¿Y qué propones hacer para salvarlos y salvarte?

GENI. ¿Usted solamente sabe hacer preguntas?

COMANDANTE. Ando en busca de respuestas.

GENI. El que tiene el poder tiene la respuesta.

El COMANDANTE sonríe. Gira hacia el pueblo y su movimiento inicia una oleada que crea un  rculo en derredor suyo.

COMANDANTE. No hay duda que este puerto merece desaparecer. Tanto horror e iniquidad exigen una operación de saneamiento y purificación. Mas la solución final para este pueblo perdido en los mares de la ignorancia puede aplazarse si... una hermosa dama se entrega a mí y me ama.

El pueblo se miran sorprendidos, dejan escapar un suspiro de alivio, se incorporan y comienzan a festejar mientras cantan:

CORO. Esta es la condición que propone el Comandante:

que una dama se le entregue, y que una dama lo ame;

nada más fácil señor: simple, sencillo, al instante.

DEOGRACIAS. Para mí será un honor, ofrecerle cuanto antes,

a mi hija Evangelina, la primera de su clase;

una flor de invernadero, una perla de los mares.

SANJURJO. Y yo le ofrezco a mi Rosita, cuya dote

no hay quien la iguale.

DEL ARENAL. Y yo a la niña de mis ojos, Matilde del Arenal,
que con sus veinte abriles es tan tierna, dulce
y suave, que se inventará el amor
que a usted le satisfaga.

Todos los ojos se fijan en el COMANDANTE en espera de su decisión. Este mueve la cabeza para mostrar su negativa. La angustia vuelve a morder al pueblo. El COMANDANTE extiende su mano en dirección a GENI:

COMANDANTE. Esa.

CORO. ¿Esa? Esa se entrega a cualquiera, en el primer rincón que halle; es la reina de los locos, la princesa de la calle, es la maldita Gení, la que aguanta los ultrajes, y a quien hasta el viento escupe. Esa no vale la pena; piénselo bien, Comandante.

COMANDANTE Esa es la que yo quiero.

Pausa. Los habitantes del pueblo se consultan entre sí. Algunos aceptan regañadientes; otros, más aliviados.

CORO. Pues, entonces, no hay problema,

llévesela para su nave.

Gracias a Dios, nos salvamos.

¡Viva nuestro Comandante!

Estalla la celebración en todo su esplendor. Los habitantes del pueblo danzan y festejan su salvación: Se felicitan mutuamente, saltan gozosos y comparten con el público su alegría contagiosa. Mientras el carnaval parece haber regresado, el COMANDANTE se dirige hacia GENI. La luz los aísla. El COMANDANTE comienza a trazar un círculo alrededor de ella con movimientos de brazos, torso y piernas que van cortando el espacio con un ritmo metálico e hiriente. Al principio, el rostro de GENI se mantiene impávido, pero luego la cercanía del COMANDANTE le resulta incómoda, molesta, hasta que le provoca asco. Entonces brota de lo más profundo de su ser el más visceral rechazo y un NO rotundo, absoluto y decidido retumba por los cuatro rincones del puerto.

ESCENA 8

La sorpresa congela la celebración y los rostros de los habitantes del pueblo se contraen de incredulidad. Todos se vuelven hacia GENI, incapaces de creer que ella sea tan egoísta como para no salvar al pueblo. En sus miradas y en sus movimientos se hermanan la súplica y el odio más feroz. GENI los rechaza y sube varios escalones de la escalera que conduce a su buhardilla.

GENI. No me miren con esos ojos de perro sarnoso. No me da la gana, entienden.

CURA / DEL HOYO. Pero hija mía, ese señor es el poderoso Comandante del Zepelín.

GENI. Pregúnteme si me importa.

CAMILA. Huele a brillo y cobre, Gení.

ISABEL. Y tiene el cielo en los ojos.

DEOGRACIAS. Es un noble... *(Luego de un susurro.)* Y nos tiene agarraos por el pescuezo.

GENI. Pero no me gusta.

SANJURJO. ¿Por qué?

GENI. Porque no.

DEL ARENAL. Pero si usted se entrega a cualquiera.

GENI. Eso quisieran ustedes.

CAMILA. Gení, nuestra salvación está en tus manos.

SANJURJO. El pueblo te estará eternamente agradecido.

GENI. Y, ¿para qué me sirve eso?

DEOGRACIAS. Pero es que tú te debes a tu comunidad.

DEL ARENAL. Tiene usted que sacrificarse por nosotros.

TODOS. Tienes que hacerlo.

GENI. Miren, ustedes y su vistoso Comandante, pueden irse todos a la mismísima mierda.

Susto colectivo. GENI sube a su buhardilla. Una luz se enciende adentro, haciendo visible para el público las reacciones de GENI ante los ofrecimientos y demandas del pueblo. GENI camina por su espacio, mucho menos decidida de lo la vimos al salir. La duda le hace entrar y salir a la escalera repetidas veces. Atónitos, los pueblerinos no saben qué hacer ni decir. El COMANDANTE los observa impertérrito. Comienza a caminar hacia su nave.

COMANDANTE. Debí saberlo. Son tan primitivos que sólo saben mirar hacia atrás. No vale la pena perder el tiempo con ellos.

DEOGRACIAS. No, no se marche todavía, su Excelencia. Todo puede arreglarse. Permítame unos minutos para convencerla. Usted sabe cómo son las mujeres... Unos minutos solamente, ¿sí?

El COMANDANTE asiente y se retira a una esquina. DEOGRACIAS corre frenético hasta los suyos, quienes le rodean con gran algarabía. La escena cobra visos de gallera, en la que las apuestas se gritan en medio del vocerío.

DEOGRACIAS. Tenemos que convencerla. Se acaba el tiempo.

PADRE DEL HOYO. Pero cómo, si es terca como una mula.

SANJURJO. Podemos ofrecerle dinero. Yo le abro una cuenta de cheques.

DEL ARENAL. Vamos a limpiar su expediente. Le ofrecemos inmunidad.

PADRE DEL HOYO. Lo único que yo puedo ofrecerle es el cielo.

DEOGRACIAS. Yo soy capaz de dejarme clavar en una cruz si ella acepta.

PADRE DEL HOYO. ¡Jesús magnífico!

Cada uno sigue ofreciendo cosas al unísono, como si se tratara de la compra-venta de acciones en Wall Street, otra gallera.

DEL ARENAL. Iré ante ella de rodillas, sí, de rodillas.

PADRE DEL HOYO. Me pondré en ayuno perpetuo: a pan y agua.

SANJURJO. Le lavaré los pies.

DEOGRACIAS. Haré construir una estatua a su nombre.

DEL ARENAL. Me raparé el cabello.

SANJURJO. No fumaré en seis meses.

DEOGRACIAS. Dormiré en el piso por un año.

PADRE DEL HOYO. No tendré sexo en un año. *(Sorpresa general.)*

DEL ARENAL. Cambiaré mis ropas con un pordiosero.

SANJURJO. Recogeré la caca de todos los perros realengos...

Camila e Isabel irrumpen en el círculo.

ISABEL. ¡Soo! Esas promesas no se las cree ni su madre.

CAMILA. Ven, Isabel, que nosotras la vamos a convencer.

ISABEL. Porque nosotras sí sabemos lo que esta vaina, ¿verdad, Gení?

CAMILA. Mira, negra, uno más, uno menos, ¿qué importa?

ISABEL. Digo, yo lo haría, fácil, pero el tipo se ha empeñado en que seas tú.

CAMILA. Eso es una... p... tontería, mete mano para que no nos destruyan.

ISABEL. Total, todos los hombres son iguales.

CAMILA. La misma porquería, con lazo perfumado o con los pantalones rotos, la misma basura.

ISABEL. Di algo, insúltanos, escupe sobre nosotras, pero di algo, carajo, no te quedes como una tumba.

Lentamente aparece GENI en lo alto de la escalera. Gran expectación. El pueblo la mira como al hijo pródigo que regresa tras una larga ausencia.

GENI. No es lo mismo. Esto no es tan baratillo. Además, no estoy segura que valga la pena salvar a este pueblo. *(Música estruendosa, estremece a todos.)*

ISABEL. Eso lo podemos discutir luego, pero ahora el tiempo se acaba. Ahí está el Comandante del Zepelín, esperando por ti, y si tú no aceptas, cataplún, se acabó todo.

GENI. De algo tiene que morir una...

CAMILA. No habrá mañana, ni flores, ni caminantes.

ISABEL. Y los niños, ¿no has pensado en los niños? Antoñito! *(Corre a buscarlo.)* ¡Antoñito, ven acá, nene, corre! No has pensado en ellos, ¿verdad? *(ANTONITO resiente que lo usen. El pueblo todo llora por el niño.)* ¿Vas a dejar que todo termine para éste que todavía no conoce lo que es vivir? ¿Cómo puede ser tan cruel, tan inhumana, para dejarlo morir por no acostarte con un tipo? Te da asco, lo sé, el mismo asco que yo siento todas las noches cuando un borracho con olor a vómito reclama mi cuerpo porque tiene el dinero para comprarme. Tú no te vendes, también lo sé, pero aquí se trata de salvar a los niños. Olvídate de los demás, piensa en ellos y verás que el sacrificio vale la pena.

El llanto arropa al pueblo. GENI baja poco a poco los escalones, llega hasta ANTONITO y lo abraza estremecida. El niño tiene sentimientos encontrados. Por un lado le encanta que lo abraze, pero al mismo tiempo sabe que en ese abrazo está la claudicación de GENI. ISABEL le hace señas al pueblo para que no exageren el llanto. GENI se incorpora, mira a los ojos de ese pueblo asustado, observa con un estremecimiento al COMANDANTE que, a lo lejos acecha; suspira hondamente, levanta sus ojos al cielo y comienza a subir la escalera.

GENI. Está bien, lo haré.

La música acompaña triunfal su ascenso mientras el pueblo comienza a celebrar su recobrada existencia. El niño mira molesto a la celebración que estremece al pueblo, y luego se vuelve para ver cómo se esfuma la figura derrotada de GENI.

ESCENA 9

La campana insistente de la iglesia detiene los festejos. El cura reclama la cordura.

PADRE DEL HOYO. Hermanos, ahora que la bendita Gení ha accedido a salvar al pueblo, no podemos nosotros condenarnos al propiciar y aplaudir esa unión consensual, que viola los sagrados sacramentos de nuestra fe.

DEOGRACIAS. ¿Se ha vuelto loco? Si no se la entregamos, nos destruye.

SANJURJO. Olvídense de la fe y los sacramentos. Lo importante es salvarnos.

PADRE DEL HOYO. Nunca, Jesús María, nunca. La fe es lo que nos da fortaleza y nos prepara para resistir los embates del Mal. Jamás puedo olvidarme de ella.

DEL ARENAL. ¿Y qué hacemos? ¿Conservamos la fe y nos dejamos matar? ¿Para qué nos serviría entonces la dichosa fe?

PADRE DEL HOYO. Me niego a condonar esa acción digna de los peores tiempos de Sodoma y Gomorra. *(Pausa.)* Claro, siempre hay una solución...

DEOGRACIAS. ¿Cuál? Dígala, hombre, que nos tiene usted con el corazón colgando de un pelo.

PADRE DEL HOYO. Hay que legalizar la unión. Para que sea aceptable ante la Iglesia, hay que casarlos como Dios manda.

DEOGRACIAS. ¿Era eso? No hay problema, los casamos *(Se dirige al COMANDANTE)* Señor Comandante, todo está dispuesto para satisfacer sus demandas: la dama Gení gustosamente ha aceptado su gentil invitación a compartir su lecho. Para darle un carácter más oficial a este intercambio cultural tendremos una breve ceremonia que muestre nuestro agradecimiento a su visita y selle nuestra amistad.

COMANDANTE. Que sea lo más breve posible.

DEOGRACIAS. Se hará según su voluntad. Señores, a preparar la boda. Que sea esta celebración más vistosa y la más espectacular, para que en el futuro todos recuerden cuándo fue que nos descubrió el Zepelín.

Una música de feria preside coqueta la preparación del falso himeneo entre GENI y el COMANDANTE. Las mujeres comienzan a vestir de novia a la par a GENI Y AL MASCARON, ataviándolas con flores y tules. El CURA improvisa un altar para la ceremonia, se viste con la indumentaria de gala y luego rocía con agua bendita los alrededores. El ALCALDE y el BANQUERO reparten invitaciones entre el PÚBLICO. A ANTONITO le lavan la cara y le ponen una camisa para que sirva de portanillos. El JUEZ le pone recordatorios a los espectadores. Todas estas acciones simultáneas, que producen una sensación de vértigo, son observadas por el COMANDANTE con la misma mirada con que los conquistadores europeos contemplaban curiosos, paternales y condescendientes las primitivas ceremonias de los indígenas del nuevo mundo.

Cuando culminan los preparativos, la música ordena el inicio del rito. El CURA se acerca al COMANDANTE y le invita a acercarse al improvisado altar. Este accede. La música insinúa acordes de la Marcha Nupcial, pero la insinuación pronto se despeña por desfiladeros insospechados, dándole a la música una calidad sonora

extraña que mezcla antiguos ritos bárbaros con una ruptura amarga de la armonía, que hace pensar en el agotamiento posmodernista de las formas musicales. Cuando GENI aparece en lo alto de la escalera que conduce a su buhardilla, la música casi grita de sorpresa ante la inmaculada belleza de la reina de los pordioseros. La presencia de GENI se inscribe iconográficamente en el modelo mariano y recoge rasgos y posturas de la Mujeresanta del Retablo de la escena segunda.

DEOGRACIAS se acerca a GENI y la toma del brazo: él será el encargado de entregarla. Se inicia el desfile: CAMILA e ISABEL sirven de damas de compañía. ANTONITO de portanillos y al final, DEOGRACIAS y GENI. Al llegar frente al improvisado altar, el ALCALDE, fingiendo de padre feliz, entrega a GENI, quien queda colgada del brazo del COMANDANTE como un barco que el huracán lanzara contra un promontorio de rocas. El PADRE DEL HOYO da inicio a la ceremonia.

PADRE DEL HOYO. Hermanos, nos hemos reunido en esta solemne ocasión para celebrar el encuentro de dos pueblos, simbolizado en la unión del Señor Comandante del Zepelín y nuestra querida y abnegada Gení. Porque no hay que dudar de lo providencial de este encuentro. Recuerden lo que dice el apóstol San Pablo en su epístola a los Hebreos, capítulo 13, versículos 1 y 2: "Permanezca el amor fraternal. No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles". Este es un encuentro fraternal y como ángel debemos recibir a nuestro visitante, quien viene en viaje exploratorio para descubrir nuestra forma de tratar a los extranjeros. Ciertamente viene revestido de autoridad, pero no nos llamemos a engaño, ocultos son los caminos del Señor.

Ya San Pablo había puesto a prueba a los Corintios, hablándoles como quien manda. Y si sentimos el peso de la autoridad del Señor Comandante y del Zepelín, recordemos otra vez a Pablo cuando le dijo a los Romanos, capítulo 13, versículos 1 y 2: "Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos". Más claro no canta un gallo. Hemos bien en aceptar a nuestro descubridor y brindarle toda nuestra hospitalidad.

Ahora culminamos nuestro recimiento aceptando al Señor Comandante como nuestro hermano y ofreciéndole nuestro más preciado tesoro: Gení. Esta unión que santificamos hoy será recordada en el futuro como el comienzo de nuestra historia. Habrá celebraciones por doquier, se compondrán canciones, se erigirán monumentos. En este puerto se dará la más grande reunión de velors que ojos humanos hayan visto y quedará plasmado para la eternidad el recuerdo de este día glorioso.

El COMANDANTE, en un inicio tolerante con el discurso del sacerdote, comienza a dar muestras de impaciencia. Poco le interesa el futuro; está deseoso de encontrarse a solas con GENI. El ALCALDE se percata de la situación y hace señas al CURA para que vaya al grano.

PADRE DEL HOYO. Tempus fugit, lo sabemos. Quiero solamente que estemos conscientes del momento histórico que vivimos. De este enlace surgirán las nuevas generaciones que han de poblar este puerto, para gloria y fama de nuestro país. *(El ALCALDE está a punto de ebullición.)* ¡Ya voy, carajo, que ya ni respetan los sermones! Señor Comandante del Zepelín, ¿acepta usted por esposa a la señorita Gení?

COMANDANTE. Temporariamente.

PADRE DEL HOYO. Hombre, se supone que sea para toda la vida...

DEOGRACIAS. Por favor, recuerde que este es un caso especial.

CAMILA. Mira, suéltate la trenza y acaba...

PADRE DEL HOYO. *(Mirando al cielo con ojos compungidos.)* Sea. Ya, a lo que falta, que venga el resto... Señorita Gení, ¿acepta usted por esposo al Comandante?

GENI. Qué remedio me queda.

PADRE DEL HOYO. En nombre de la sagrada... *(Se detiene. Mira en derredor angustiado... Le falta algo.)* Dios santo, no tengo la cruz para bendecirlos. ¿Alguien tiene una cruz?

COMANDANTE. *(Saca su espada y se la tiende.)* Tenga, use esto. *(El CURA toma la espada y la levanta sobre su cabeza como el cáliz.)*

PADRE DEL HOYO. En nombre de la santa iglesia, los declaro marido y mujer. Y que Dios nos perdone a todos.

Los bendice con la espada. Vítores del pueblo mientras el COMANDANTE levanta en vilo a GENI y se dirige a la buhardilla. GENI parece una res llevada al matadero. Lluvia de arroz, gritos de "Vivan los novios". ANTOÑITO se queda solo con los anillos a los que nadie hace caso. Mira con rabia y celos cómo el COMANDANTE carga a GENI. Dominado por la envidia, abandona el escenario mientras en su cabecita se empieza a cocinar una idea. El ALCALDE se adelanta y proclama:

ALCALDE. Señores, vamos a celebrar por todo lo alto, que hemos nacido de nuevo.

Renace el carnaval. Escándalo, algarabía, baile y zambumbia. Rodean al mascarón y juegan con él como si fuera la novia. Se escucha un vals distorsionado y el ALCALDE baila con el mascarón. Luego lo hace el BANQUERO y el JUEZ. ISABEL le quita la liga al mascarón.

ISABEL. Vamos a ver quién será el próximo en casarse. *(Se para de espaldas al público y hace agujas de tirar la liga. El resto del pueblo le hace coro burlón. Finalmente la lanza. Todos señalan al espectador agraciado, que la actriz cuidará sea varón.)*

DEOGRACIAS. He aquí al próximo que cometerá matricidio. Querido amigo: Usted es el candidato para ser ascendido a Comandante y unir su estirpe a la raza ardiente y tropical del puerto. Como usted tiene un perfil augusto, y dada nuestra tradición de pueblo hospitalario, le tenemos dos candidatas ideales: buenas amas de casa, laboriosas y expertas en las artes amatorias: escoja usted. *(Le ofrece a CAMILA e ISABEL. Gran escarceo. Ellas desfilan como por la pasarela de la virginidad. Un borracho interrumpe.)*

BORRACHO. Yo también me quiero casar. Tiren el ramo, para escoger a mi potra.

CAMILA. ¡Cállate, apestoso!

BORRACHO. Shhh, a ti no te quiero, a mí me gustan sin usar.

CAMILA lo persigue por el escenario. Reina la bayoya y la guachafita. Todos forman una fila y cual serpiente ebria recorren el puerto dando bandazos y cantando una pornosalsa, hasta perderse tras bastidores, llevándose la luz con ellos. Una fosforescencia extraña permanece sobre la vivienda de GENI mientras el quejido de una flauta flota en el aire violado del puerto.

ESCENA 10

Apagón. Truenos. Relámpagos. Ráfagas, Agua. La luz solo aparece como relámpagos. Un hombre empapado lucha en la tormenta por mantenerse en pie. Solo vemos su sombra. Cosas cayendo. El Mascarón como aparición por los truenos. Una mujer traposa se encuentra sobre el mascarón. Solo la vemos a través de los relámpagos. CAMILA hace peripecias sexuales coreografiadas con un cliente en la barra, pero solo vemos los segundos permitidos por los relámpagos.

Isabel lucha por mantener las ventanas del bar cerradas. No hay luces en el puerto. Hombre en la calle toca las puertas del bar. Las putas no lo oyen. Música estruendosa. Vemos a una mujer bajar de su buhardilla. Es GENI. El viento no la deja casi moverse. Se cae. Trata de llamar al hombre que ya gatea gateando por el impacto de la tormenta. GENI va hacia él. La otra mujer que se ha estado agarrando del poste llama la atención de GENI pidiendo ayuda. Todo gesticulado, excelentemente coreografiado, sin lugar a movimientos improvisados. GENI no sabe a dónde ir primero. Finalmente, ya que se encuentra más cerca del hombre se dirige hacia él. La corriente de viento va arrastrando a la otra mujer. CAMILA sigue haciendo el amor, lo cual vemos a través de los relámpagos. ISABEL trata de meterse en el ajeteo amoroso pues necesita ayuda para mantener las ventanas cerradas. GENI se echa encima al hombre. Casi lo arrastra. Al ver que la otra mujer casi desaparece, suelta al hombre y con suma dificultad corre hacia ella. La agarra. CAMILA e ISABEL siguen peleando. El hombre logra arrastrarse hacia la puerta de la buhardilla de GENI. La mujer se va deslizando de las manos de GENI. La mujer cae. Todos pegan un grito desgarrador, mientras CAMILA y su amante también llegan a un grito de climax al unísono con el de los demás. Apagón.

ESCENA 11

El puerto es un buque fantasma en la naciente luz del amanecer. Hay un silencio ominoso, como si las olas hubiesen muerto y los pájaros se hubiesen extraviado en la profundidad de la noche. Todos están sumidos en el sueño pesado y espeso del arrepentimiento por la farra de la noche anterior. En lo alto de la escalinata que conduce a la buhardilla de GENI aparece el COMANDANTE. Se despereza, luego se acomoda la ropa, se arregla el cabello y comienza a bajar las escaleras. Se incomoda por haberla olvidado, y como compensación toma el MASCARON y se lo lleva por la escalera metálica hasta que desaparece de la vista de los espectadores. Se escuchan sonidos de escotillas que cierran y un zumbido agudo y penetrante acompaña la salida del Zepelín. Ese zumbido cruza el páramo de la inconsciencia y despierta a los atolondrados habitantes del puerto. ISABEL y CAMILA son las primeras en salir.

CAMILA. ¡Se va el Zepelín, se va el Zepelín!

ISABEL. La próxima vez me escoges a mí. *(TODOS van llegando hasta el muelle.)*

DEOGRACIAS. Adiós, Comandante. Vuelva pronto. Pero me avisa, para prepararle una bienvenida como usted se merece.

PADRE DEL HOYO. Hasta la próxima, visitante del Empíreo. Espero una revelación del significado de su anunciación.

SANJURJO. En el banco a su orden, para servirle en lo que necesite. Cuenta corriente, cuenta de ahorro, tarjeta de crédito, usted pida, que nosotros le complaceremos.

DEL ARENAL. En su honor, el Código de Leyes será de ahora en adelante el código del Zepelín.

TODOS. ¡Viva el Comandante! ¡Viva el Zepelín!

DEOGRACIAS. Bueno, señores, se acabó el pan de piquito. Hay que volver al trabajo. Cada uno que regrese a su lugar, que aquí no ha pasado nada. El Honorable Juez del Arenal, a la Corte, a impartir justicia y a velar porque se cumplan las leyes y se conserve el orden establecido. El señor Banquero, don Jesús María Sanjurjo, a sus deberes bancarios, que la economía es la espina dorsal de nuestra sociedad. El Padre Hermógenes a invocar a Dios, rogándole que nos perdone los excesos, y vele usted por la salud moral de este pueblo. Los pescadores al mar, los niños a la escuela y las putas al bar. Señores, ha regresado la normalidad y...

En ese momento aparece GENI en lo alto de la escalinata. Viene desgredada, con el traje desgarrado y la sonrisa rota. CAMILA e ISABEL corren hasta ella, pero GENI las rechaza.

GENI. ¿Cómo que aquí no ha pasado nada?

DEOGRACIAS. Usted, cállese la boca, que ya le hemos aguantado bastante.

GENI. Pero, Deo, si yo...

DEOGRACIAS. ¡Señor alcalde!... Y váyase con las putas al bar, que es donde le corresponde.

GENI. ¡Maldita sea tu estampa!

DEOGRACIAS. ¿La oyeron? Sigue desafiándonos. No nos agradece la experiencia iluminadora con el Comandante. Es la misma rebelde de siempre.

GENI. Qué agradecer ni qué perro muerto. Son ustedes los que están en deuda conmigo.

DEL ARENAL. Se equivoca usted, señorita. Recuerde que uno debe preguntar no lo que el país puede hacer por uno, sino lo que uno puede hacer por su país.

SANJURJO. Y no es que no se saquen beneficios, porque usted ha vivido el romance del siglo con el Comandante.

PADRE DEL HOYO. Y hasta es posible que hayas sido elegida para ser la renovadora de nuestra raza, porque ese hijo que llevas en las entrañas...

GENI. *(Un grito que estaba creciendo en su garganta, estalla, en rugido.)* Basura, ustedes no son más que basura. No hay Dios que los salve.

Camina furibunda hacia el puerto. El pueblo se revuelve incómodo. **DEOGRACIAS ALTAMIRANO** se sube sobre la cresta del furor colectivo y grita:

DEOGRACIAS. ¡Putaaaaaa!

Feroz, el pueblo semeja el CORO con sus furias vengadoras. Todos se unen a la condena, amparados por el anonimato de la masa. Cuando la turba se acerca desenfundada a GENI, una figura extraña salta y se interpone. Al principio nadie lo reconoce y por eso retroceden al verlo vestido como el COMANDANTE. Y se podría confundir con aquél, si no fuera porque hay algo grotesco en su vestimenta, algo así como las pelucas blancas y la vestimenta europea en el cuerpo de los antillanos negros, como un intento de imitación que se queda al nivel de la mueca. Sin embargo, la espada es auténtica y logra detener el impulso agresivo del coro. La figura hace gestos y malabares imitando al COMANDANTE. Entonces, algunos se percatan de quién es.

ISABEL. Es el nene, Antoñito. *(La risa se apodera de todos.)*

CAMILA. Ahí tienes a tu nuevo enamorado, Gení.

Las carcajadas retumban por todo el puerto. GENI mira a ANTONITO sin saber qué hacer, mueve su cabeza incrédula y se sienta en el embarcadero. El ALCALDE pide silencio.

DEOGRACIAS. Señores, esto es providencial. Toñito será nuestro nuevo rey del carnaval. ¡Que viva nuestro Rey Momo! ¡Que siga la fiesta!

Estalla nuevamente la música del carnaval. ANTONITO se sorprende al principio de que lo escojan como el rey Momo, pero cuando vienen y lo cargan en hombros, se infla de orgullo y se une al juego. Se reinicia la fiesta en todo su esplendor. GENI permanece aparte, absorta en su desaliento. Se inclina hacia el mar, para buscar en el agua alguna forma de lavarse la suciedad que siente por todo su cuerpo. Entonces descubre que no hay agua: el fondo del mar es ahora una planicie arenosa abandonada de toda esperanza. GENI salta y toma arena entre sus dedos, mientras exclama:

GENI. ¡No hay agua! ¡Se robaron el mar!

El pueblo sigue en el rumbón, sin prestar atención a los gritos de GENI. Ella corre entre ellos, tratando de que cobren conciencia sobre la pérdida del mar, pero de su boca no sale sonido alguno. El baile, la música y el vacilón más destemplado se apoderan para siempre del escenario. GENI se sienta en el muelle con el desaliento y la tristeza más absolutos del universo. Suspira profundamente, mira en derredor y corrobora que se le han derrumbado todas las esperanzas. Ya casi convertida en cenizas, busca fuerzas para continuar viviendo. De su propia imaginación ve surgir a un pescador que viene con una jícara de agua y comienza a verter el líquido sobre el lecho reseco del mar. Alucinada, GENI sonríe y corre a buscar un balde para ayudar a su propia imaginación a fabricar una nueva utopía. El pueblo sigue de bachata, con centelleo de luces y algarabía. Mientras GENI continua llenando con agua su esperanza, cae rumboso el telón.

FIN

José Luis Ramos Escobar. Correo electrónico: jlramosescoobar@prtc.net

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Diciembre de 2003

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
www.celcit.org.ar